

Bibliografía

CIENCIA, SEMILLAS Y POBRES

Michael Lipton y Richard Longhurst, *New Seeds and Poor People*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1989, 473 páginas.

Lipton y Longhurst tienen como profundo compromiso moral ayudar a los más pobres de los pobres. En el libro que aquí se comenta intentan analizar cómo puede la ciencia contribuir, si tal es el caso, al logro de ese compromiso. De ahí que sea la ética en realidad, el tema de fondo de la obra, aunque no se estudie de manera directa, pues la breve referencia a Rawls constituye una excepción.

El planteamiento fundamental que postulan los autores es muy preciso y sus palabras lo describen de la mejor manera: "No incumbe a los criadores de plantas 'transformar' la distribución del ingreso y del poder. Sin embargo, sus esperanzas e incentivos así como los de quienes respaldan la investigación internacional con recursos financieros se han centrado siempre en la convicción de que producir más alimentos y de manera más estable traería como consecuencia una disminución de la pobreza y del hambre. ¿Acaso se puede lograr esto sin 'transformar' la distribución de la riqueza y del poder?" (p. 3).

En pocas palabras, los autores desean averiguar cómo se puede aumentar la participación de los pobres en los beneficios que se derivan de producir mediante el uso de variedades mejoradas sin embarcarse en cambios importantes de las estructuras de poder en las comunidades. Subrayan que los pobres están constituidos cada vez menos por pequeños agricultores y cada vez más por trabajadores agrícolas sin tierra y por habitantes urbanos. Si bien los precios de los alimentos de estas personas han disminuido al utilizarse las variedades mejoradas, también han caído sus salarios. Aún más, mientras que las primeras de esas variedades desarrolladas en los sesenta utilizaban con intensidad el factor trabajo, las nuevas tienen mucho menos efectos positivos en las necesidades generales de mano de obra, desde el punto de vista de los pobres.

Enseguida, Lipton y Longhurst examinan la literatura agronómica y económica que se refiere al tema y, en menor medida, también la correspondiente a ciencias sociales e historia. Habida cuenta de la magnitud de dicha bibliografía, la revisión por sí misma habría bastado para un libro. No obstante, los autores van más allá y proponen que los científicos agrícolas abandonen ciertas líneas de investigación que a su juicio son perjudiciales para los pobres (por ejemplo, la mecanización de las cosechas, la resistencia vertical, el contenido proteínico de los granos, los herbicidas y buena parte de la investigación sobre la calidad alimentaria) y emprendan esfuerzos mucho más sistemáticos para desarrollar variedades mejoradas que se adapten de manera adecuada a las necesidades de los pobres. Dado que la mayoría de los más pobres son trabajadores sin tierra de Asia (y pronto de África), sostienen que la investigación más favorable para ellos es la que se centre

en los alimentos de los pobres (tubérculos y granos, por ejemplo) y en el uso del factor trabajo.

Con acierto, los autores consideran que la investigación socioeconómica sobre variedades mejoradas forma parte del programa de investigación agrícola. Afirman que los investigadores "...deberían prever los efectos que se deriven de la aplicación de sus recomendaciones en circunstancias políticas y demográficas particulares..." (p. 10), aunque creen que los investigadores "...no pueden tratar de manipular con éxito los sistemas sociopolíticos (o demográficos)..." (p. 15). Sin embargo, están dolorosamente conscientes de que "lo que conviene y quiénes usan las semillas mejoradas no depende sólo de las relaciones capital/trabajo ni de las escaseces relativas, como tampoco de las funciones de consumo, sino sobre todo de quién tiene la capacidad de apropiarse las ventajas de las nuevas técnicas" (p. 338). Parte de la solución que ofrecen es hacer que los científicos sociales participen en la determinación de metas de la investigación agronómica. También proponen que los centros internacionales de investigación agrícola (IARC, por sus siglas en inglés) establezcan lineamientos precisos que definan los objetivos esenciales de la investigación.

No obstante, y a pesar de las buenas intenciones de los autores y de sus recomendaciones, así como del panorama general que logran plantear, su trabajo tiene varias fallas fundamentales:

Primero, consideran que tanto los científicos como los pobres son individuos autónomos y no los tratan cabalmente como miembros de la sociedad. Esto resulta doblemente frustrante puesto que por otra parte, resaltan cuán inadecuados son los métodos económicos convencionales ya que "suman" los resultados individuales y, a partir de ellos, intentan reconstruir el panorama en su conjunto.

En segundo término y en relación con el problema anterior, los autores establecen un contraste entre los individuos y las estructuras sociales, situadas aparte y por encima de ellos. Así, por ejemplo, se dice que "las estructuras de las comunidades a las cuales se dota de variedades mejoradas, además de explicar quizá las diversas modalidades de adopción y de reparto de los beneficios entre aquéllas, también explican las diferencias internas de esa distribución. Esto se aplica a los resultados nutricionales" (p. 299). Lipton y Longhurst emprenden numerosos y audaces intentos por fundir los dos polos de esta dicotomía. Con razón dicen que el modelo de comportamiento de los consumidores tipo Robinson Crusoe es inaceptable y que las relaciones de poder dentro de los hogares pueden provocar la desnutrición de las niñas. Sin embargo, pasan por alto las negociaciones, la persuasión y la coerción que mantienen las estructuras de poder (justas e injustas), lo mismo que las nuevas variedades de semillas y las instituciones científicas.

Esto conduce, a su vez, a un tercer problema: una persistente ambivalencia en cuanto al papel de la ciencia en la sociedad. En un momento se dice que la ciencia puede moldear las relaciones sociales; en otro, se afirma que no es así. De pronto, la ciencia es apolítica; luego, constituye una fuerza capaz de redistribuir los

bienes sociales. En cierta parte del libro, se considera que las nuevas semillas sencillamente fluyen desde los laboratorios científicos hacia los agricultores, quienes se limitan a adoptarlas. En otra parte del trabajo, las semillas son instrumentos que permiten a individuos poderosos ampliar su poder.

Por otro lado, los autores dicen poco acerca del contexto global en el que se inscriben sus preocupaciones. La gigantesca deuda del Tercer Mundo se menciona de paso, aunque bien se podría sostener que el lento ritmo de generación de empleos en el sector industrial está vinculado a dicha deuda. De igual modo, la reforma agraria se descarta en primera instancia porque está fuera del reino de lo posible: "las muy elevadas razones habitante/tierra de los minifundios son un hecho innegable; la falta de acceso de las personas [a la educación, al crédito, al extensionismo agrícola y a los insumos oportunos] es una variable de política" (p. 144). Páginas adelante se afirma que los IARC pueden verse obligados a sostener discusiones abiertas en esta materia.

Tampoco se estudia el papel crucial que desempeñan las organizaciones de agricultores en la creación de apoyos políticos para cierto tipo de investigación agrícola, tanto en las naciones en desarrollo como en las desarrolladas. Empero, resulta claro que dichas organizaciones son parte fundamental del escenario en la mayoría de los países que tienen una agricultura exitosa (si bien difícilmente han simpatizado con los desposeídos de tierra). Así, por ejemplo, tales organizaciones desempeñaron un papel clave en la agricultura de Estados Unidos, Japón, el Punjab y Taiwán. Al no examinarse estos asuntos en el libro, el lector puede tener frecuentemente la impresión de que según los autores, ser un trabajador sin tierra no sería tan malo si al menos los ingresos reales fuesen un poquito mayores.

Por último, la falta de tratamiento directo de los problemas éticos es frustrante. ¿Son capaces los científicos de dirigir sus investigaciones hacia ciertos fines, en beneficio de clases o individuos particulares? De ser así, entonces deben ineludiblemente, hacerse responsables de sus acciones, tanto en su calidad de individuos como de colectividad. De lo contrario, deben simplemente estar descubriendo un mundo aparte, al margen de las acciones humanas.

Lipton y Longhurst están encajonados en la filosofía occidental. Consideran a la agricultura como algo ajeno a la cultura y no como un producto de ésta. No obstante, las plantas y los animales domesticados dependen tanto de nosotros como nosotros de ellos. Si no se trabaja colectivamente para conservarlos, su exis-

tencia y la nuestra están amenazadas. Los científicos agrícolas trabajan precisamente en una zona fronteriza de la cultura y la agricultura. Transforman las plantas y los animales, por un lado, y las prácticas culturales —tanto en su sentido agronómico como en el antropológico—, por otro.

El tratamiento que los autores dan a la ciencia también descubre su tácita aceptación de los compartimentos filosóficos. Por una parte, no están cabalmente seguros sobre cómo manejar los hechos científicos; por otra, también reflejan inseguridad en cuanto a otras posibilidades de investigación. No comprenden lo que Bruno Latour ha denominado recientemente el carácter jánico de la ciencia. La que se hace en la actualidad es producto de la negociación, la persuasión y la coerción. Empero, la ya realizada está constituida simplemente por los hechos, por el mundo tal cual es. Este rostro jánico de la ciencia explica cómo pueden los científicos participar a la vez en violentos debates y estar de acuerdo acerca de numerosos "hechos de la naturaleza". También indica que en realidad la ciencia no se diferencia tanto de otras actividades humanas. Las estructuras de poder de las comunidades que los autores describen se consideran normales, producto del orden natural de las cosas, por la mayoría de sus habitantes, tal como lo hacen Lipton y Longhurst. Sin embargo, se establecieron mediante la negociación, la persuasión y la coerción. Y como ocurre con los hechos de la ciencia, esas estructuras pueden ser algún día derribadas, remplazadas o reestructuradas.

En cierto sentido, entonces, este libro intenta concluir lo que empezó Theodore Schultz algunos años atrás. De nuevo separa la política de la ciencia, y a ambas de la economía. Ni los científicos, ni los administradores, ni los gobiernos del Tercer Mundo necesitan preocuparse (demasiado) por la política. Lo único que pueden hacer es orientar sus programas de investigación para que favorezcan a los pobres sin tierra. Los agricultores se beneficiarán también, aunque requerirán más fuerza de trabajo.

Pese a la aparente severidad de las críticas aquí expuestas, me gustaría insistir en que Lipton y Longhurst han aumentado con su trabajo el conocimiento de las relaciones entre las nuevas semillas y la gente pobre. Han formulado correctamente algunas preguntas fundamentales. Y para encontrar las respuestas adecuadas, el primer paso es saber cuáles son los cuestionamientos pertinentes. Todos los que compartan el compromiso moral de los autores en favor de un mundo más humano y mejor alimentado harían bien en considerar su obra con toda seriedad. □

Lawrence Busch

obras recibidas

Álvaro Aguirre Badani, José Luis Pérez Ramírez y Carlos Villegas
NPE [Nueva Política Económica]: *recesión económica*, Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario, La Paz, 1990, 171 páginas.

Esta sección tiene un carácter meramente informativo. El lector interesado en alguna de las obras aquí incluidas deberá dirigirse a librerías, bibliotecas o, en su caso, a la editorial respectiva.

Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz (coords.)
Democracia emergente y partidos políticos, t. 2, Cuadernos de la Casa Chata, núm. 181, Centro de Investigación y de Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México, 1990, 250 páginas.

Ariane Baroni Boissonas
La formación de la estructura agraria en el Bajío colonial. Siglos XVI y XVII, Cuadernos de la Casa Chata, núm. 175, CIESAS, México, 1990, 229 páginas.

- Centro de Estudios Sociológicos
México en el umbral del milenio, El Colegio de México, México, 1990, 544 páginas.
- Centro de Investigaciones Económicas y Sociales
Informe de la economía peruana, 1989, Universidad de Lima, 1989, 123 páginas.
- Consejo Consultivo del Programa Nacional de Solidaridad
El combate a la pobreza: lineamientos programáticos, El Nacional, S.A. de C.V., 1991, 1a. reimp., 154 páginas.
- Roberto Fárez
El sector comunitario o de autogestión de la economía ecuatoriana: orientaciones para su estudio y factibilidad, Fundación Ecuatoriana de Estudios Sociales, Quito, 1987, 82 páginas.
- Nelson Fajardo
Historia y lógica en la economía colombiana, Fundación Universitaria Autónoma de Colombia, Bogotá, 1989, 190 páginas.
- Marie-Clarie Fischer de Figueroa (comp.)
Relaciones México-Estados Unidos. Bibliografía anual, 1986-1987, vol. VI-VII, El Colegio de México, México, 1990, 311 páginas.
- Fundación Ecuatoriana de Estudios Sociales
Una economía para el hombre, Quito, 1988, 166 páginas.
- Clara E. Lida y José A. Matesanz
El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962, serie Jornadas 117, El Colegio de México, México, 1990, 395 páginas.
- Aralia López González, Amelia Malagamba y Elena Urrutia (coords.)
Mujer y literatura mexicana y chicana: culturas en contacto, vol. 2, El Colegio de México y El Colegio de la Frontera Norte, México, 1990, 315 páginas.
- Jorge Alberto Lozoya y Víctor Kerber Palma
Japón 1946-1990: el camino a la opulencia, Cuadernos de Política Internacional, núm. 51, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, México, 1990, 70 páginas.
- Pilar Gonzalbo Aizpuru
Historia de la educación en la época colonial. La educación de los criollos y la vida urbana, El Colegio de México, México, 1990, 395 páginas.
- Instituto Nacional de Promoción de Exportaciones
Medidas de fomento a las exportaciones no tradicionales e inversiones en Bolivia (ed. en español e inglés), La Paz, 1990, 58 páginas.
- Miguel Llaque
Sector externo. Compendio bibliográfico, Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1989, 442 páginas.
- Flavio Machicado Saravia
Sistema financiero y reactivación, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, La Paz, 1989, 100 páginas.
- Javier Masías Astengo
La planificación y el presupuesto general de la República, serie Documentos, núm. 6, Centro de Investigaciones Económicas y Sociales, Universidad de Lima, 1990, 57 páginas.
- Eduardo L. Menéndez
Antropología médica. Orientaciones, desigualdades y transacciones, cuadernos de la Casa Chata, núm. 179, CIESAS, México, 1990, 254 páginas.
- Leonard Mertens
Crisis económica y revolución tecnológica. Hacia nuevas estrategias de las organizaciones sindicales, Organización Regional Interamericana de Trabajadores-Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1990, 154 páginas.
- Raúl Moscoso Álvarez
Tecnología adecuada para una sociedad más humana y solidaria, Fundación Ecuatoriana de Estudios Sociales, Quito, 1984, 69 páginas.
- Javier Portocarrero Maisch (ed.)
Perú 1990: estabilización y políticas monetaria y cambiaria, Foro Económico, núm. 1, Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1990, 46 páginas.
- Walter Soriano
El Código de Minería (su rol en la estrategia del sector), Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, La Paz, 1990, 47 páginas.
- Raúl Torres Martínez y Mayra Chavarría López
La revolución científica y tecnológica. Una introducción para su estudio, Cátedra de Historia de la Cultura, Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica, San José, 1990, 256 páginas.
- Óscar Ugarteche
Aspectos críticos de la economía-mundo para América Latina, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, La Paz, 1990, 42 páginas.
- Juan Mario Vacchino
La dimensión parlamentaria de los procesos de integración regional, 2 t., BID-Intal, Buenos Aires, 1990, 305 y 388 páginas.
- Varios autores
Agonía de la educación media, documentos del encuentro La crisis de la educación media: contexto y proyecciones, Fundación Ecuatoriana de Estudios Sociales, Quito, 1990, 286 páginas.
- La apuesta al futuro. Reflexiones en torno a la tecnología*, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, La Paz, 1990, X + 170 páginas.
- Renán Vega Cantor y Eduardo Rodríguez Ruiz
Economía y violencia. El antidemocrático desarrollo capitalista de Colombia en los años cincuenta, Fondo Editorial, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 1990, XXX + 248 páginas. □